

Presentación realizada en el Seminario sobre Consumo Responsable celebrado en Zaragoza el 28 de noviembre de 2001.

Nuestra actividad cultural principal es ir de compras. De hecho, destinamos más tiempo a comprar que ir de vacaciones o tener cuidado de nuestros hijos. Según una encuesta reciente, los varones dedicamos catorce minutos diarios a los hijos, menos que a comprar.

Vivimos en una sociedad en la que se han generado un conjunto de perversidades que nos permiten sentirnos dóciles, cómodos y tranquilos. En términos éticos podríamos decir que nuestra sociedad planetaria está formada por diez personas que compartimos una cena (que es el Planeta Tierra): dos de los comensales se comen ocho platos, y los otros ocho están invitados a repartirse entre los ocho dos platos. Esto es lo que pasa en el planeta Tierra.

En cambio, nosotros tenemos el privilegio de ser la primera generación que sabemos que todos los humanos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes, incluida formalmente la mitad de la humanidad del género femenino. Esta conciencia planetaria tiene únicamente medio siglo, si la Declaración Universal de Derechos humanos, inicialmente del hombre, es la fecha de bautismo.

Incluso la sentencia cristiana, la del prójimo, que dice que amarás al prójimo como a ti mismo se refería, no al conjunto de la especie, sino a los miembros del clan de creyentes. Ahora, esta sentencia ha adoptado una dimensión de especie. Es muy potente: es una idea en la que todos los seres humanos formamos parte de la misma especie y tenemos los mismos derechos.

Por tanto, es una aspiración humana que el reparto de los recursos del planeta Tierra se lleve a cabo, algún día, de manera equitativa. Y digo algún día consciente de que si por motivos morales la equidad fuera inmediata, el sistema y la sociedad planetaria reventarían, además de no ser capaces de aceptarlo.

Vivimos en una sociedad muy paradójica, en la que suceden un conjunto de milagros a los que nos hemos acostumbrado como si fueran naturales. Uno de ellos nos lo puede explicar la gente de más de cuarenta años, las personas que recuerdan la penuria de la postguerra, los que recuerdan que antes, en las casas, había despensas, espacio que hoy en día se reduce a la nevera y el congelador. Es la seguridad alimentaria, entendida como acceso a los alimentos y ausencia de penuria.

En el Estado español, la gran conquista social del Siglo XX ha sido que los obreros y los pobres han dejado de pasar hambre; es cierto que hay minorías con carencia alimentarias, y que hay una fracción creciente de población

sobrealimentada, de grasas y proteínas, desde un punto de vista salubrista, pero la abundancia es percibida como seguridad.

Garantizar esta seguridad alimentaria, que hemos adquirido de diferentes maneras aumentando la productividad agraria a cualquier precio y acaparando recursos del Tercer Mundo a bajo precio, ha comportado que la gente no almacene alimentos por que sabe que, por la mañana, los supermercados abrirán sus puertas y todas las estanterías estarán repletas. Y esto es un auténtico milagro.

Por la noche tendrá lugar un segundo milagro. Las bolsas de basuras serán recogidas por los basureros auténticos ángeles de la guarda. Si no se produjera a diario este milagro en la oscuridad de la noche, Aragón sería inhabitable en una semana. Nuestra sociedad, a pesar de estas seguridades, es muy frágil y todo el mundo es consciente de que no es sostenible.

Hay gente que dice que esto lo hemos conseguido con nuestro esfuerzo, con nuestros propios recursos, a partir de, por ejemplo, la eficiencia del trabajo y la distribución de productos que se ha desarrollado especialmente durante la segunda mitad del siglo XX. Hay quien dirá que esto ha sido posible endeudándonos con el Tercer Mundo, al que debemos una deuda ecológica que hemos ido acumulando con el Sur. Nuestros coches han echado andar gracias a los minerales y el petróleo del Sur, vestidos con algodón del Sur, tomando café o té del Sur, calzados con caucho del Sur, intercambiando metales y minerales preciosos del Sur... Por tanto, hace reír pensar en una deuda externa, de unos créditos que han pagado en exceso aquellos estados que gestionaron de forma irresponsable sus créditos, sin contar con la deuda ecológica que desde hace cinco siglos contraemos con el Tercer Mundo.

La enfermedad del consumismo

Lo que sí sabemos es que comprar está en el tuétano de los huesos de nuestra sociedad, es una actividad que nos produce una gran satisfacción: "¡lo he comprado!". Incluso cuando las personas están deprimidas deciden, en lugar de dar un paseo por el campo o junto al río, ir a comprar. De hecho, todos nos medimos respecto al vecino en función de nuestra capacidad adquisitiva, y miramos qué compran los otros.

A la edad de 45 años he participado en la compra compartida con mi pareja de mi primer coche, después de años y años de presión: "¿no tienes coche? Y ¿cómo te desplazas?" Acompañado, o en tren o autobús, en avioneta, o canoa, contestaba. Pertenezco a un colectivo que hemos sustituido el vehículo por la movilidad y que sabe que, para garantizar la movilidad, existen suficientes recursos sin necesidad de tener coche, al menos la propiedad individual de un turismo. Sirva este testimonio para explicar que existen otras maneras de organizar la vida sin necesidad de volver a precariedades del pasado ni tener que pagar las incomodidades del presente consumista.

Vivimos en una sociedad que no tiene futuro, si no fuera por la presión que ejercemos sobre el Tercer Mundo. Muy a menudo, cuando me invitan a hablar quisiera hacer una pregunta provocativa: ¿en qué consiste la insostenibilidad de

nuestro país? ¿Porqué los estilos de vida presentes en nuestra tierra son insostenibles, y porqué han de ser sostenibles?

Le hice esta pregunta al Consejero de Medio Ambiente de la Generalitat de Catalunya después de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro (1992). Los catalanes que participábamos en la Cumbre de la Tierra nos reunimos y dijimos: “¿Qué podemos hacer?” Unos propusieron “llevar a cabo un estudio” (en realidad es lo que se hizo) en lugar de hacer cosas concretas y explicar 100 ejemplos de insostenibilidad para promover un debate.

¿Por qué Catalunya es un país insostenible? Hablo de Catalunya pero si fuera aragonés hablaría de vuestro país. En Catalunya hay mas de tres millones de vehículos, tantos como en el continente africano; hay ocho millones de cerdos, más que personas. En realidad, a la cultura agraria industrial que hemos construido ya no hay payeses, sino obreros y empleados que, en lugar de trabajar con máquinas, trabajan alimentando vacas, cerdos o gallinas que tratamos como objetos a los que alimentamos con desechos de todo tipo, incluso industriales, que llega a nuestras mesas en forma de vacas locas o enloquecidas, con peste porcina clásica, etc.

La huella ecológica

De hecho, medir la insostenibilidad significa estudiar la *huella ecológica*, un concepto que se formular a mediados de los años noventa y que sirve para medir qué utilizamos en realidad teniendo en cuenta cómo vivimos. En las Illes Balears, donde se ha llevado a cabo esta medición, el tren de vida del conjunto de sus habitantes equivale a un territorio de una extensión de 3 ó 4 veces más que su extensión real. Son los recursos ajenos que acaparamos: materiales como madera, hierro, energía, alimentos, etc. Este cálculo se llevó a cabo, por primera vez en los Países Bajos, llegando a la conclusión de que los holandeses viven en unos países con 3 veces más extensión territorial del que ejercen su soberanía. Como habrán observado el planeta Tierra es el que es y todo lo que acaparamos de hecho se lo quitamos a otros que viven en la penuria. También puede calcularse la propia huella ecológica individual observando los estilos de vida y su impacto ambiental, espacial y saber qué mochila ecológica esconde una simple taza de café o cualquier estilo de vida.

Estamos en un sistema muy ineficiente, un mundo que no tan sólo es insostenible sino también ineficiente y, por tanto, la clave de uno de los cambios deseables tendrá lugar en la eficiencia. Lo que podríamos sintetizar con la idea de “más con menos”. Por ejemplo: las bombillas de bajo consumo que con 10 wats iluminan como una de 60 wats; se obtiene la misma luz con un consumo de energía muy inferior. Estamos a las puertas de una revolución de la eficiencia energética y una revolución que apunta hacia la producción limpia, para producir sin contaminar dos pasos factibles y necesarios pero insuficientes.

También hemos de cerrar los ciclos; no se aceptará que un empresario venda zapatos sin hacerse cargo de lo que queda de ellos después de usarlos. La cultura de usar y tirar sigue vigente. Consumimos sin mirar atrás y cada vez generamos más residuos. Se habla de reciclaje pero no de acciones previas al reciclaje, el mal menor, como son la reducción y el reuso único camino para

cambiar los procesos contaminantes y poder cerrar los ciclos sin una carga acumulada tan cuantiosa.

Hay que ir a la raíz del término consumo. Consumir quiere decir "agotar". Se ha enraizado tanto en el lenguaje que no encontramos ningún término capaz de resumir el acto y el proceso de abastecerse de bienes y servicios de una manera ecológica y solidaria deteriorando al mínimo el entorno y garantizando a los suministradores que los seguiremos necesitando y usando siempre y cuando cumplan unos compromisos. Para definir esta actitud añadimos al consumo el calificativo de *crítico*.

Esta es la segunda revolución, la sociedad de los servicios en el marco de una sociedad del bienestar compartido. Si queremos usar esta sala en la que nos encontramos con cierto confort de temperatura, aislamiento e iluminación, nos preocuparemos de que la climatización, la insonorización y la iluminación sean las adecuadas para crear un ambiente de confort. Por tanto nos preocuparemos por reducir la factura de electricidad, aislaremos la sala lo mejor posible, usaremos las bombillas justas de bajo consumo, etc. En definitiva, estamos sustituyendo una sociedad de producción dependiente de ayudas públicas (donde el negocio es vender electricidad sin pagar las externalidades, los costes no considerados) por una sociedad de servicios dependiente de las demandas sociales emergentes (donde el negocio consiste en garantizar un confort y, por tanto, conseguirlo reduciendo la factura de electricidad e incorporando externalidades, quizás no todas pero un mínimo de ellas).

Prestemos atención a un objetivo empresarial: la fidelizar el cliente. En una ocasión pregunté a Dieter Rams, jefe de diseño de los electrodomésticos Braun, si tenía presiones para que sus electrodomésticos redujeran su longevidad. "Es así, reconoció, pero he demostrado que hay mas gente viviendo de la reparación y los servicios posventas que de su propia fabricación y ensamblaje. Por tanto, la calidad de los materiales debe ser garantizada". Este es otro ejemplo de que una sociedad de servicios será más ecológica que una sociedad de producción. Si al comprar una nevera se incluye el servicio de recogida y tratamiento posterior de los cloroflurocarbonos contenidos en su circuito de refrigeración, el cliente preferirá librarse de la molestia de abandonar en la calle el frigorífico fallecido, traspasando la responsabilidad del productor al consumidor y él mismo a los servicios de recogida de residuos del municipio.

Lo que nosotros tenemos es una sociedad que produce pero que no se hace cargo de las costes reales de la producción y aleja esta responsabilidad dejándola en manos de la ciudadanía o los ayuntamientos. Por ejemplo, los envoltorios (envases y embalajes) ni siquiera disponen de una normativa que obligue a su identificación junto al engañoso *punto verde*. Si el envase no se puede devolver y es voluntario el depositarlo en los iglús amarillos ¿Cómo es posible que permitan usar un reclamo tan engañoso?

Si tuviéramos influencia, esta tarde podríamos disponer de centenares de centros de recogida de residuos abiertos las veinticuatro horas del día si las Estaciones de servicio de Aragón, además de vender gasolina, pornografía, alcohol y tabaco facilitaran espacio sobrante a la recogida selectiva de papel, cristal, plástico y envases, tubos de neón y pilas.

Si tuviéramos influencia, esta tarde podríamos fijar una tasa de devolución (depósito previo) para los envases y embalajes. También estandarizando las botellas como sucedía antes con las botellas de cava y champán. Les aseguro que si la tasa de devolución fuera apreciable, los envases abandonados serían recogidos por otras personas. A esto le llamamos valorizar. Todo lo que no tiene valor se tira a la basura.

Esta acción decidida contra los residuos se enfrenta a dos problemas con los que convivimos los seres humanos, los enemigos de siempre: las inercias y los intereses creados. En el mundo del consumo necesitamos que emerjan nuevos intereses, nuevos sectores económicos que desplacen los intereses creados para crear otros de nuevos con una exigencia ambiental. ¿Y qué pedimos a estos agentes económicos emergentes? Mas transparencia, una exigencia ética y de calidad a cambio de una fidelidad crítica y un compromiso de abastecernos de sus productos si contestan a nuestras exigencias factibles, razonables y sensatas.

La necesidad del movimiento ecológico

La tercera gran revolución es que todos los que no nos interesa contribuir al cambio climático nos pongamos de acuerdo y demos a conocer que hay miles de aragoneses y aragonesas que quieren un suministro eléctrico que no contribuya al efecto invernadero. ¿Quién está interesado a cubrir esta demanda? Poder generar un agente económico que ofrezca generar esta electricidad con energía solar... la ciudadanía tiene algo a decir, proponer y hacer en esta nueva era solar que se vislumbra.

En sus inicios, un ecologismo reactivo intentaba evitar, dar respuesta a las agresiones a los espacios y las especies en peligro de destrucción. En aquellos inicios los defensores del medio ambiente eran calificados por los analistas de izquierdas como “unos inocentes jardineros, hijos de una Europa privilegiada y el Estado del bienestar donde se han satisfecho los problemas de alimentación, vivienda y las prestaciones básicas están cubiertas y ahora se preocupan de las zonas verdes” Después la acusación paso de ser una simple descalificación a una acusación de ser instrumentos del sistema: se nos acusaba de ser “fontaneros”, que pedían que los tubos y las chimeneas tuvieran filtros y depuradoras, en el tramo final del proceso... Ahora, ser ecologista es mucho más revolucionario de lo que se pensaba, con la ventaja de no disponer de ningún catecismo ni Dios verdadero. El movimiento ecológico no defiende a ninguna clase social, estamento o gremio (quizás al campesinado), sino que defiende a la gente que aún no existe, las futuras generaciones, los derechos humanos, animales y naturales y la sociedad del bienestar.

Estamos ante un movimiento con un espíritu contemporáneo, hijo de nuestra época, capaz de desprenderse de algunos tópicos que lo han ido acompañando. Uno de ellos es el rechazo de la actividad empresarial. La cultura de izquierdas suponía que los obreros y empleados eran los buenos y los empresarios los malos, simplificando un poco.

El legado ambiental, social y cultural que nos han dejado los países del Este, las falsarias dictaduras del proletariado, nos hacen pensar que el camino no era aquel como tampoco lo es obviamente el capitalismo liberal, y esto nos hace

pensar que el movimiento ecológico debe tener una política empresarial que de respuesta a la pregunta de lo que esperamos y exigimos a las empresas. En qué condiciones queremos ser sus clientes, cómo estamos dispuestos a corresponsabilizarnos del proceso productivo.

Hemos de entender que el poder económico no es únicamente un factor de creación de riqueza inmediata con un empobrecimiento ambiental y social, sino de opinión y de transformación muy importante. Hemos de ser capaces de demostrar que la innovación y la sensatez son una alternativa viable y contemporánea, que el ecologismo no representa la búsqueda de Arcadia feliz que nunca ha existido, ni siquiera en Aragón, aunque podamos encontrar respuestas válidas para el presente y el futuro en la sabiduría milenaria del pasado.

La complejidad, un valor

Mirar críticamente el consumismo significa entender, en primer lugar, que estamos ante un tema complejo, un término al que he cogido especial cariño, perdonen mi insistencia. El pensamiento ecologista rechaza el pensamiento único y simple. Nos interesa un pensamiento más complejo, nos movemos mejor en este territorio de incertidumbre y duda que percibe el entorno social como un arrecife coralino, envuelto de tiburones, pero de coral y coral.

Por este motivo creo que el ecologismo necesita la democracia como un pez necesita el agua, no únicamente para que pueda exponer sus puntos de vista con garantías a la sociedad, sino para conseguir un desarrollo sostenible, objetivo inalcanzable sin una nueva democracia que aún no existe y que he bautizado como la democracia ambiental.

No se llama ni democracia ecológica, ni democracia medioambiental. Se llama democracia ambiental por el carácter indefinido del término ambiental (no sabemos si estamos hablando del entorno humano y social, del medio ambiente natural, e incluso nos permite preguntarnos si existe un medio ambiente al margen del medio natural, si este medio ambiente artificial que ha generado la cultura de los humanos es posible al margen del medio ambiente natural).

Hacia la democracia ambiental

¿Y qué es la democracia ambiental? De la misma manera que queremos saber qué ingredientes tiene el bote de tomate que acabamos de comprar, tenemos el derecho a saber qué hay en el aire que estamos respirando, qué hay en el suelo que pisamos, qué hay en los alimentos que estamos comiendo y qué hay en el agua que estamos bebiendo. La democracia ambiental quiere decir el derecho a saber, el derecho a participar, a reclamar y el derecho de corresponsabilizarse, y como todo derecho tiene su correlato de deberes, en este caso el deber a informarse y participar.

La Constitución española que no considera un derecho fundamental el tener un medio ambiente sano ni el acceso a la información de la administración. Pero numerosos parlamentos autonómicos han aprobado la *Declaración de Bizkaia* que pide que el medio ambiente sea considerado un derecho fundamental. Los eurodiputados verdes han presionado, sin conseguirlo, para que la Carta

Europea de los Derechos Fundamentales incluya el medio ambiente como un derecho fundamental sin conseguirlo, por el momento. *La Declaración de principios sobre Derechos Humanos y Medio Ambiente*, promovida en el seno de Naciones Unidas fija de una manera clara el carácter de derecho fundamental el disponer de un medio ambiente sano.

Es decir, no tenemos una democracia ambiental, no tenemos reconocido el derecho a saber como un derecho fundamental. Los mecanismos de participación que conocemos son fruto de una democracia representativa, derivada del derecho de voto de los ciudadanos mayores de 18 años que tengan nacionalidad española, o excepcionalmente las personas con derecho de ciudadanía en la Unión Europea y residencia registrada en un municipio del Estado español, en el caso de las elecciones locales; cada cuatro años se nos consulta y nosotros votamos, nos abstenemos o votamos en blanco.

Pero existen muchos mecanismos de participación y de control extra judiciales a los que pedir amparo, audiencia y presentar propuestas. La Ley General de Sanidad estableció los Consejos de Salud y la Ley de Educación el Consejo Escolar. En otros ámbitos, desde el Tribunal de las Aguas de València al Consejo de Prensa en Catalunya, son órganos con amplia autoridad y un poder muy limitado. El Tribunal de las Aguas regula las acequias de la huerta de València y el Consell de premsa de Catalunya las reclamaciones ante los medios de comunicación. No son sistemas de arbitraje o conciliación sino que amparan a ciudadanos que consideran vulnerados sus derechos. Hay experiencias locales muy interesantes con las Agendas locales 21 pero, francamente, todo está esbozado, en sus inicios e incluso su eficacia está en discusión. La democracia participativa como la representativa es parte de la democracia ambiental pero no se reduce a ellas.

A menudo se afirma que la gente no quiere participar, que la participación ciudadana es en realidad una obsesión que comparten sectores muy minoritarios. En parte es verdad, la gente no quiere participar, pero exige que se pueda participar y todas las voces sean escuchadas y no es un juego de palabras. No quiero estar reunido todo el día con el Consejo Escolar, la asociación de Madres y Padres, el Consejo vecinal... pero quiero que se encienda la luz roja cuando aparezca un problema sustancial. Y la única manera de que pueda encenderse es si existe la posibilidad de prevenir los conflictos mediante observatorios e indicadores con mecanismos participativos para prevenir, actuar, consolidar y propagar las buenas prácticas.

La salud, por ejemplo

Hace seis años, en las puertas del Consell Insular de Mallorca observé un sistema de recogida de aceites usados. El doméstico y de restauración estaba destinado a un recipiente, el industrial y de automoción en otro. Pregunté si alguien se podía equivocar, por estar juntos y ser similares, al depositar aceite en los recipientes. En el parlamento de Catalunya pregunté al consejero de medio ambiente el destino de los aceites usados. Al cabo de unos meses contestó que mayoritariamente se convertían en ingrediente de pienso animal. Preguntamos a la Facultad de Veterinaria si el aceite usado era un ingrediente adecuado para la alimentación animal. La contestación era clara: era un veneno.

La Plataforma *Hem begut oli!* (en catalán beber aceite significa cometer un error), pidió la prohibición de ese destino del aceite reciclado, cuando se producía el escándalo de las dioxinas belgas, el resultado de alimentar gallinas con piensos que contenían aceite industrial reciclado y, probablemente, mezclado por error con aceite de restauración. Finalmente, la Consejería de Medio Ambiente y la Junta de Residuos reunieron a todas las empresas autorizadas para reciclar aceite (algunas combinan esta actividad con el reciclaje de restos de matadero) y decidieron que no los aceites recogidos no se destinarían a hacer piensos pero que no podían garantizar que las fábricas de pienso se abastecieran de aceites reciclados procedentes de fuera de Catalunya.

Cuando hablamos de democracia ambiental nos referimos a un espacio más amplio que el inmediato a nuestro país. Una cosa es el derecho de participar en ámbito local, el ámbito cotidiano y otra es la participación en ámbitos más amplios. Y es que cuando hablamos de democracia ambiental no estamos tratando temas menores del ámbito local. Un ejemplo es el criterio de precaución. Este criterio ecologista ha pasado a formar parte del derecho internacional. Después de la Cumbre de Montreal para tratar el deterioro de la capa de ozono y donde se condenaron los CFC, se aceptó este criterio tan importante para temas bioéticos como las aplicaciones biotecnológicas, los xenotrasplantes, los organismos modificados genéticamente, etc.

Existen un conjunto de ejemplos que permiten concluir que no existe una democracia ambiental, especialmente porque las vulneraciones quedan impunes. Tenemos una total falta de garantías en el acceso a la información a tiempo real de la radiactividad ambiental que registra la red de Vigilancia Radiactiva (Revira). Sería importante interesar al Defensor del Pueblo y el Común de Aragón para que la vulneración de los derechos a la información ambiental no quede impune, aunque la directiva comunitaria y su transposición sea muy restrictiva. También sería importante poder cuantificar el número de activistas ambientales amenazados, detenidos o procesados por defender el entorno. Es la mejor manera de evitar el acoso, las amenazas y las sentencias injustas propiciadas por la ausencia de un observatorio sobre derechos humanos y medio ambiente.

El papel del consumidor

De hecho cuando hablamos del consumo estamos poniendo encima la mesa dos extremos: la posibilidad de rechazar y la exigencia del cumplimiento de un conjunto de garantías. El boicot es el recurso más radical que tiene un ciudadano para exigir el cumplimiento de un compromiso. Es la libertad de no comprar un producto de prescindir de él.

En primer lugar es importante contar con el apoyo de la administración. En el caso de los Falsos productos Bio, no procedentes de la agricultura ecológica ni biológica, la administración autonómica y estatal española se enfrentan con la normativa comunitaria que si protegen la denominación bio, eco y orgánica que únicamente pueden usar los productos procedentes de la regulación de la agricultura ecológica. ¿Hasta cuándo Danone y Nestlé burlarán la normativa comunitaria? ¿Cuándo los agricultores ecológicos podrán disponer de las ventajas derivadas de producir sin contaminar? ¿Cómo es posible que una hectárea de cultivo convencional tenga cuatro veces más subvenciones que una

de carácter ecológico? Muchos impuestos se destinan a actividades dañinas al medio ambiente y, en cambio, cualquier impuesto ecológico finalista es criticado por los mismos que se aprovechan de ayudas sin control ambiental.

Hemos de explicar a la sociedad que los productos falsos Bio deben desaparecer, rápidamente, lo antes posible ya que, además de engañar al consumidor devalúan la exportación de productos auténticos ecológicos a Europa, donde se respeta la directiva comunitaria. Nestlé y Danone están invitados a reconvertir los ingredientes y los procesos que utilizan sus falsos Bio para convertirlos en auténticos productos de procedencia y proceso ecológico.

El consumo crítico pretende que el consumidor convierta su capacidad de compra en un potente instrumento de presión. En 1975, en Suiza, un programa de televisión denunció las condiciones de vida de los cultivadores de la piña tropical. La asociación *Declaración de Berna* inició una recogida de firmas para exigir que las condiciones de vida de los cultivadores mejoraran sensiblemente. Los supermercados Migros aceptaron un sistema de inspección para garantizar este compromiso que ahora llevan a cabo organizaciones del Sur. Quizás esta experiencia puede considerarse el acta de nacimiento del comercio justo.

Es importante resaltar que no estamos hablando del cumplimiento de la normativa laboral internacional sino de acuerdos privados entre movimientos sociales y empresas, una nueva alianza entre productores, consumidores, fabricantes, importadores y comerciantes. Otros ejemplos conocidos son los acuerdos entre asociaciones ecologistas, de consumidores y grandes superficies británicas para rechazar los productos irradiados. Aunque exista autorización legal para aplicar estas técnicas de conservación a los alimentos, de hecho el movimiento antinuclear ha conseguido que no hayan productos irradiados en las estanterías de los supermercados.

No estamos solos

Cada vez hay más empresas que quieren ser perdurables y sostenibles. Podemos ya decir que una empresa que contamina no tiene futuro. Apoyar la economía productiva que garantice unos códigos de conducta dignos ha dado luz a un nuevo concepto: las empresas ciudadanas, aquellas que tienen en cuenta los beneficios, los clientes, los empleados y el medio ambiente.

Lo que quiere un empresario honesto no es necesariamente vender más sino fidelizar a sus clientes, saber a lo que atenerse. La ética ha entrado en el mundo de los negocios como un cinturón de seguridad en la era de la globalización.

Para impulsar el consumo crítico existen numerosos recursos para dar apoyo a quien cumpla una serie de compromisos y castigar a los que los incumplan. El capitán Boycott (1832-1897) que habitaba en Mayo (Irlanda) fue condenado al ostracismo por la comunidad por haber desahuciado a unos campesinos dando nombre a esta práctica de la desobediencia civil, una táctica que rechaza el uso de la violencia.

La idea del boicot es muy poderosa: A todas las empresas les preocupa bajar o no subir las ventas, un cambio de tendencia es una señal de alarma decisiva para el futuro de la compañía.

Tenemos el caso de la firma de material y calzado deportivo, Nike. Una fotografía en una revista conservadora americana, *Life*, en la que se veía un niño en cuclillas cosiendo un balón iba acompañado de un escrito en el que se leía: *mientras tu esperas que tú hijo marque un gol, este niño espera que acabe su jornada laboral de diez horas*. La fotografía tuvo un impacto impresionante en Estados Unidos. Más tarde, Nike intentó responder que disponía de un código de conducta y que intentaba hacerlo cumplir, pero siempre había alguien que no lo incumplía. Este razonamiento no fue aceptado, se convirtió en un auténtico boomerang. La credibilidad de Nike ya no existía y cuanto más insistían más grande era el rechazo a las artimañas. "Ustedes se preocupan de hasta el último detalle de la publicidad y, en cambio, no les preocupa quién y cómo se fabrica una pelota".

Todo esto ha ido provocando una conciencia creciente que ha situado a Nike ante un problema paradigmático y emblemático. En la Rambla de Barcelona hace unos meses, un colectivo cristiano crucificó a uno de sus miembros. Su presencia era impactante y en el costado, el símbolo de Nike se convertía en la llaga de Cristo. Seis o siete años después de aquella fotografía, la ola se ha ido expandiendo. Seguro que muchos directivos de Nike se han preguntado quién creyó que era rentable explotar a la infancia. Seguro que Nike no revelará las pérdidas que ha tenido y nos dirá que sigue creciendo. El pasado verano, Nike ha tenido que conocer el testimonio de un jugador de fútbol americano que se prestó a trabajar un mes en una fábrica de Indonesia denunciando las inhumanas condiciones de trato y trabajo. La *Campaña Ropa Limpia* va divulgó un estudio según el cual el empleado recibe un 2% del precio final.

¡No gracias!

Hay empresarios a los que no les interesa producir de esta manera. Los ecologistas que denuncian el cambio climático desde hace tantos años, saben que las empresas de seguros son sus principales aliados en el mundo empresarial. Esta complejidad hace pensar que el tema de consumo está teniendo una relevancia cada vez más grande en la conciencia ecológica.

Anne Lund, vive en Arhus (Dinamarca). Ella inventó el símbolo de "*Nuclear, No Gracias!*" el 1980, cuando el gobierno danés decidió hacer centrales nucleares y publicó un listado de lugares posibles. Al día siguiente es creó la Organización de Información sobre la Energía Nuclear que buscaba un símbolo. Anne Lund, diseñadora, se inventó el mas potente símbolo que Occidente ha conocido en las últimas décadas, a la altura de *I Love NY* con un contenido testimonial muy importante. Comportaba una síntesis del pacifismo: un rechazo individual, manifestación de la desobediencia civil mediante una chapa o un adhesivo. Incluso en su momento el ministro de energía danés lo calificó de repugnantemente bueno.

Prestemos atención a una pregunta importante: ¿Eres, parte del problema o parte de la solución? No podemos resolver todos los problemas de la humanidad pero un pequeño gesto diario puede tener un valor mas allá del testimonio. Esta es la idea de vivir con sencillez para que otros sencillamente, puedan vivir. Es importante dirigirnos a cada una de las personas de nuestra comunidad y preguntar qué puede hacer, dentro de sus humildes posibilidades. Un ciudadano

británico llenaba el carrito de la compra con productos de Nestlé. Al llegar a la caja y mientras descargaba en la cinta el carro decía disculpándose: “Perdone, no recordaba que doy apoyo a la campaña de boicot a esta firma alimentaria por su política respecto a los sucedáneos de leche materna en el Tercer Mundo que contravienen el código de conducta internacional promovido por UNICEF y la OMS”. Es una manera imaginativa, no violenta y decidida. Creo que en el mundo empresarial no podrá estar al margen de todo esto.

James Tobin, Premio Nobel de Economía de 1981, no especialmente revolucionario, propuso gravar las transacciones internacionales de capital para frenar la especulación financiera y obtener recursos para hacer frente a las principales lacras humanitarias (comida, asistencia sanitaria, escolarización para todos). Quedó como una idea genial pero sin agente social que la hiciera cuajar. Años después, en diciembre de 1997, Ignacio Ramonet, director de *Le monde Diplomatique*, hacía suya esta idea dando el disparo de salida de un movimiento internacional. Después, la crisis financiera del Sudeste asiático y la creación de Attac (Asociación para una Tasa Tobin de Ayuda a la ciudadanía) han hecho que, incluso gobiernos y parlamentos de todo el mundo consideren la conveniencia de instaurar un impuesto de estas características. Son ideas muy concretas que pueden hacer una revolución. Y, naturalmente, el mundo convencional tiene miles de antenas que están observando todos estos nuevos movimientos: el comercio justo, el consumo responsable, podrían acabar con muchos comportamientos compulsivos del consumidor cambiando comportamientos e implantando nuevos valores que influyan en su conducta y las cuentas de las empresas.

Se les ha dicho: “¡Estáis rodeados, pero hay una salida. No tenemos enemigos. Queremos pactar esta salida, ponernos de acuerdo y llegar a soluciones!”. Otros pueden decir: “Sí. Pero, mientras tanto tu estás hablando han muerto muchas personas de hambre”. Esta es la inquietud permanente: llegar tarde. No podemos caer en el pesimismo, por que sería demasiado cómodo y tampoco podemos caer en el optimismo cegador. Lo importante es ver que estamos en una sociedad en transformación y que otro mundo es posible, factible y viable. Lo mejor y lo peor de la humanidad está sobre la mesa y disponemos de una idea global, planetaria, que no tenían las generaciones pasadas.

Hace más de treinta años, un astronauta tripulaba la primera nave que rodeó la Luna y después de dar la vuelta a su cara oculta vislumbró la Tierra como un planeta azul. Esta visión y la fotografía que la recuerda, que tantas veces hemos visto, ayudó a crear una nueva conciencia planetaria. Estamos ante una oportunidad histórica que no podemos dejar perder. Podemos ser protagonistas.